

María Pilar
Martínez Barca

Ramos para todos

Este domingo, Domingo de Ramos, se llenaron los templos, igual que el Miércoles de Ceniza, o estos días llenaremos las calles con las esperadas procesiones. Y es que la tradición cristiana sigue conformando nuestra esencia.

También de los que se confiesan alejados, defienden contra marea y viento un anticlericalismo trasnochado, y llevan a sus hijos a escuelas religiosas. Cuando Jorge Mario Bergoglio subió al pontificado sabíamos que algo cambiaría, pero no tanto. Porque el papa Francisco, el mismo que puso patas arriba las cuentas vaticanas, metió el dedo en la llaga de la pederastia o consagra a María a Ucrania y Rusia –que el Padre hace salir el sol sobre todos–, es quien convoca el Sínodo de la Sinodalidad 2022-2023. ¡Menuda palabreja!

«La identidad de la Iglesia es evangelizar. Sueño con opción aún más misionera, que salga al encuentro del otro sin proselitismo». Ahí es nada. Sínodo, del griego 'sýnodos' y del latín tardío 'synodus', 'concilio de obispos', 'junta de eclesiásticos para examinar a ordenados y confesores', 'conjunción de dos planetas', según Aristóteles y Plutarco. Algo muy grande en definitiva. Sinodalidad, empero, connota e implica caminar juntos, obispos, personas religiosas, creyentes de a pie o sobre ruedas, que también.

En nuestra diócesis, 4.000 personas trabajando, unos 400 grupos. Y Francisco, nuestro hermano, consciente de lo que hace al nombrar como segunda del Vaticano a una mujer, Raffaella Petrini –hermana franciscana de la Eucaristía–, modificar el párrafo I del Código del Derecho Canónico para contar con acólitas y lectoras –reservado varones–, o elegir a la teóloga aragonesa Cristina Inogés, alma viva del Sínodo.

Caminar, celebrar la fe, laicos, mujeres, descartados. Un gesto sencillo vale más que mil enciclopedias. ¿Cómo llegar al corazón del joven? ¿Accesibilidad para los hombres, creyentes o no, con diversidad funcional?

Entregábamos el jueves los premios del Certamen 'Luz de interior' de Poesía, convocado por la Asociación para el Diálogo Interreligioso en Aragón. La gente tiene sed de Dios, de su don que es Espíritu, de su Hijo encarnado en cada uno de nosotros. ¿Portamos las palmas por amor?

José Badal Nicolás, catedrático de la Universidad de Zaragoza

Idoneidad del maestro

Al maestro hay que pedirle acreditada competencia y buen hacer, pero al mismo tiempo hay que reconocer y dignificar su profesión, hoy poco valorada en España

En un artículo anterior aludía a la urgente necesidad de acometer en serio la reforma del sistema educativo y hacía referencia a la que, a mi juicio, es la causa principal del deterioro y el fracaso de la enseñanza no universitaria en nuestro país: los planes de estudios, ese entramado de disposiciones legales que condiciona la deficiente instrucción que hoy reciben los aspirantes a educadores. Pero hay otras razones que también entorpecen el éxito de la educación primaria y secundaria, como son la idoneidad del maestro para ejercer el honroso oficio de enseñar, es decir, la falta de selección del profesorado; o el poco o nulo esfuerzo que hoy se exige al jovencito y también la escasa atención y ayuda que a veces recibe en el seno familiar. A lo que hay que añadir la falta de reconocimiento y gratitud que la sociedad dispensa al docente, cuya labor encomiable es esencial para el aprendizaje y la adquisición de habilidades y destrezas del niño-joven, para su capacitación profesional y para su futura integración en un concreto contexto sociocultural.

Si convenimos en que la calidad de un sistema educativo es en gran medida la de sus maestros y profesores, habrá que exigirles capacitación y experiencia. Los programas curriculares actuales pueden aligerarse de créditos asignados a prácticas y de horas dedicadas a bucólicos juegos infantiles. Esto, que en principio sería un despropósito, puede compensarse me-

dante la implantación de un plan orientado a la capacitación para la docencia al término de los estudios de grado, dirigido a aquellos que (con vocación o no) opten por dedicarse a la enseñanza. Exigir una especie de MIR siempre es difícil de aceptar por quienes solo piensan en concluir sus estudios de grado con mayor o menor fortuna y salir disparados a la búsqueda de un puesto de trabajo. Pero deben hacerse a la idea de que esto tiene que cambiar y de que es menester articular un proceso riguroso y eficaz de selección del educador en ciernes, porque de este modo ganarían una enriquecedora experiencia para después ejercer la profesión.

Otros muchos mortales ya pasan por un prolongado periodo de formación profesional de varios años con el fin de adquirir una provechosa experiencia. En el mundo laboral no se accede sin más a un puesto de trabajo (salvo que concurren circunstancias muy especiales), sino que, como procedimiento de selección del candidato, se requiere la previa presentación del currículum y la superación de un examen o una entrevista; como así ocurre en la Universidad, donde, además de obtener el título de doctor, tarde o temprano hay que concursar u opositar para ocupar una plaza como docente. Nunca se deben rebajar ni un ápice los niveles de exigencia en cuanto a preparación y competencia de quienes tienen en sus manos la responsabilidad de instruir a los menores y de prepa-



HERALDO

«Una buena educación debe auspiciar el esfuerzo personal y perseverante como modo de superación individual»

rarlos para futuros retos y para su convivencia en sociedad.

Alentar el esfuerzo personal es, en la actualidad, algo totalmente orillado, poco menos que proscrito. Sin embargo, una buena educación debe auspiciar el esfuerzo personal y perseverante como modo de superación individual

durante la ejecución de una determinada tarea, que no solo se puede realizar en aislamiento, por cuenta propia, sino también en grupo formando parte de un equipo de trabajo. Deben ponerse deberes para hacer en el centro educativo y también en el domicilio familiar. Y aquí los padres y hermanos mayores tienen un importante rol que desempeñar por la vía de la ayuda y asistencia al menor. La educación no es un juego, como a veces se dice o se pretende, y tampoco solo cosa del colegio o instituto y de los profesores, sino también de los allegados. La cultura del esfuerzo y el mérito individuales siempre debe estar en el punto de mira de cualquier sistema educativo, y esto vale para educadores y educandos, lo que desgraciadamente no sucede ahora, cuando el principal empeño de los responsables políticos de turno es maquillar el fracaso escolar de manera taimada con la supresión de notas y suspensos.

Toda exigencia debe ofrecer la contrapartida de una justa recompensa y esto es, si cabe, más perentorio en el caso del viejo oficio de maestro por su peculiar función. Al docente, en la enseñanza infantil, primaria y secundaria, hay que pedirle acreditada competencia y buen hacer; pero hay que dignificar su profesión, hoy lamentablemente muy poco apreciada y valorada en nuestro país. Y esto puede remediarse invirtiendo de autoridad al enseñante, de suerte que cualquier agresión verbal o física hacia su persona esté tipificada como delito y se haga acreedora del correspondiente castigo. La sociedad no debe ser renuente en esto; al contrario, debe facilitar y respetar la tarea del maestro y agradecer los desvelos y dedicación de quien se entrega a la inestimable labor de moldear una materia tan preciosa y dúctil como es un menor.

Ilia Galán, profesor de Estética de la Universidad Carlos III

¿Todo en venta?

Los pasos, ya fatigados de contemplar el Partenón, en Londres, por las grandes salas del British Museum, nos llevaron a la rotonda que bajo la cúpula de cristal de Foster convirtieron en lugar de descanso con cafeterías: el jardín exterminado. Allí les explicaba cómo no solo habían comprado el icono de la identidad griega, sino que Grecia había conquistado culturalmente a los británicos, pese a la idolatría de la moneda. Tomamos un refresco mientras contemplábamos el gran diseño de lo que en un tiempo fuera biblioteca nacional y sala de lectura donde Karl Marx estudió y escribió 'El capital', el libro fundamental donde pretendía demos-

trar su teoría económica y que cambió la faz del planeta. Muchos creyeron con fe casi ciega en esas y otras letras y supuso el establecimiento de sociedades tiránicas: cualquier disidencia era segada por la hoz, aplastada por el martillo. Millones de muertos, torturados, exiliados dan triste cuenta de ello. El barbudo filósofo que vivía gracias al apoyo de un capitalista, su amigo Engels, no podía imaginar que un día la sala en donde pasó tantas horas, hoy espacio de exposición, iba a convertirse en objeto de devoción. Pero menos pensar podría que alrededor iban a llenarlo de tiendas de recuerdos, quincalla cultural que prodiga la difusión de lo que las tripas del

museo engendran y, sobre todo, se embolsan las monedas de cuantos visitantes se acercan. Es cultural, pero es negocio: Marx rodeado por el capital. En este país que es un claro y evidente híbrido entre oligarquía y democracia, una de las más estables y antiguas del mundo moderno, surgió el pensamiento marxista y ahora es ahogado por las libras y otras divisas.

Hablando con un financiero en una nocturna fiesta, a la que no vino Boris Johnson –¡qué pena!–, me contaba cómo, puesto que el Reino Unido apenas produce nada y se ha convertido en una economía de servicios, se concentra en las finanzas, ya que lo que más ahí generan es 'smart people', gente des-

pierta que inventa o hace ciencia, tecnología o económicas triquiñuelas. Otra cosa es la situación que nos espera por los problemas de la ucrania guerra, que a nadie beneficia. Esperemos que el dólar no explote por la deuda que con China desde hace tantos años lleva... En Rusia hablamos de otra pelea. Parece que más que las balas, serán las finanzas quienes pinchen el furor de la violencia, cuando el hambre llega o la morosidad aprieta, como ocurrió con Alemania en la primera y mundial guerra.

En la National Gallery de Edimburgo también comprobé algo parecido, señal de nuestra época. En una de las salas en que antes podía tomarse asiento en confortable contemplación de sus maravillosos cuadros había ahora un tenderete con venta de objetos varios. Mammón, el dios de nuestra época, nos gobierna.